

I♦

## I. “LA VIUDA Y LA MUERTE”

---

*Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella y le dijo: “No llores.” Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y Él dijo: “Joven, a ti te digo: Levántate.” El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Él se lo dio a su madre. (Lc. 7, 12-15)*

---

**R**ecuerdo a la viuda de Naím: “a continuación, se fue a una ciudad llamada Naím e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre.” (Lc. 7, 11) El relato de San Lucas es muy pragmático, un gran milagro de Jesús que hace difundir ampliamente su fama de Mesías pero no se abandona a expresiones sentimentales, ni entra al corazón de los personajes. Sin embargo, en su objetividad, ofrece suficientes elementos para meditar y comprender una gran tragedia que se convierte en maravilla de actuación por parte de Jesús.

“Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad.” (Lc. 7, 12) La madre acompañaba el ataúd de su único hijo muerto: desolada, desesperada, insensible; era una ‘madre dolorosa’. No suplicaba, no pedía, no tenía palabras ni deseos.

Fuera de los muros de la ciudad, estaban los sepulcros, entre las rocas, la arena, el viento y el silencio. Allí morían todos los sueños. La madre era viuda y el muerto su hijo único. Tú la viste, te acercaste y detuviste la litera. Nadie se sorprendió por tu gesto; nadie preguntó: ¿qué hace? Ellos sabían de ti, pero no pedían nada. Toda esperanza estaba muerta sobre esta camilla. Al verla, el Señor tuvo compasión de ella y le dijo: “¡No llores!” Generalmente el Evangelista Lucas no se detiene en subrayar los elementos emotivos de la tarea

evangelizadora; sin embargo, en este caso recuerda que Jesús tuvo compasión, se emocionó. No fue sólo el espectáculo del sufrimiento grabado en el rostro de la mujer y de esta muchedumbre de acompañantes. También esta gran necesidad de fe que habías encontrado en tus primeras demostraciones de la presencia de la divinidad en tus obras.

Cuando, algunos días atrás, había sanado el endemoniado de Cafarnaúm, quedaron todos pasmados y se decían unos a otros: “¡qué palabra ésta!... manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen.” (Lc. 4, 36) Desde la fiebre de la suegra de Simón, a las multitudes que se aproximaban a la casa; “salían de ellos demonios que gritaban: Tú eres el Hijo de Dios”. Pero Él les prohibía este tipo de publicidad; al contrario, buscaba en ellos la fe, el reconocimiento de su misión divina. Su radio de acción se había ensanchado a Galilea y la fama atraía curiosos y enfermos desde Judea y desde la ribera de Tiro y Sidón. (Lc. 6, 17) Y con los admiradores, se había formado también un pelotón de críticos, interesados en ver las irregularidades de su conducta: era la gente más retrógrada y conservadora, recalcitrante o, a veces, interesadas en defender posiciones adquiridas: uno de los puntos neurálgicos era el descanso del sábado pero Él les había dicho: “El Hijo del hombre es Señor del sábado”. (Lc. 6, 5) Les escandalizaba el perdón de los pecados (Lc. 5, 21), el banquetear con publicanos y pecadores, liberarse del ayuno; el haberles llamado ‘pellejos viejos’, incapaces de aguantar el vino nuevo y ponerse a la par del santo rey David. (Lc. 6, 3)

En compensación, Jesús había estrechado el vínculo con un grupo selecto de discípulos: primero Pedro, Andrés, Juan y Santiago (Lc. 5, 10); luego Leví o Mateo el publicano (Lc. 5, 29) y, por fin, el grupo de los doce. (Lc 6, 14) No eran perfectos, pero la fe había crecido en ellos hasta el punto de abandonar sus existencias particulares y adherirse incondicionalmente a la aventura del maestro. Su fe era débil; una vela prendida y dispuesta a apagarse con el primer soplo de viento. Ya había demostrado el poder de su palabra. Nadie podía evitar ver la conexión entre su palabra de sanación, con la palabra creadora de Dios: con la simple palabra había liberado el endemoniado de la sinagoga de Cafarnaúm. Al leproso había dicho “Quiero, queda limpio” y, al instante, le desapareció la lepra. (Lc. 5, 13) En el lago había dicho “echad vuestras

redes” y se llenaron dos barcas. Y al paralítico había dicho “Levántate y toma tu camilla”. (Lc. 5, 24)

Evidentemente, Jesús aplicaba en su propia vida el principio que predicaba: “Cada árbol se conoce por su fruto”. (Lc. 6, 44) ¿Cómo era posible no reconocer que toda su actividad era un reguero de bondad, que irradiaba desde el amor de Dios Padre? “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón, saca lo bueno.” Por esto tenía razón en exigir las mismas obras. A pesar de ellas y de la luz que emana de los milagros, muy lentamente iba difundándose el milagro de la fe y en muy distintas proporciones. En unos era más pobre y no pasaba de la admiración: “Toda la gente procuraba tocarle porque salía de Él una fuerza que sanaba todo.” (Lc. 6, 19) En otros, encontraba una pared cerrada e impenetrable: “¿Quién es este que dice blasfemias?” (Lc. 5, 21) En otros, como en Pedro, se captaba el reflejo de su divinidad: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban.” (Lc. 5, 9) Jesús luchaba sobre tres frentes.

Pues, su actividad se desarrolla en los tres círculos: el más cercano es el de los doce, con las mujeres asociadas. Del lado opuesto, el núcleo cada día más compacto de los opositores; y en el horizonte, las grandes masas de fieles en búsqueda de verdad y de consuelo. Jesús deberá dar pruebas cada vez más evidentes de su divinidad, para manifestar a cada grupo, según su receptividad las evidencias de su misión divina. Lucas nos hace participar de este triple horizonte y del esfuerzo de Jesús para atender a los tres. El evangelista distribuye los milagros, en una secuencia de fenómenos cada vez más elevados, lo cual hace pensar en un plan organizado y desarrollado por Jesús con el fin de elevar sus oyentes a la plenitud de la fe. En un nivel más modesto, se coloca la casa que le servía de base particular junto al lago. Allí se apiñan los enfermos de toda clase buscando remedio a sus penas. Más allá, en reunión plenaria, abierta a todo el público, incluso a sus adversarios hace andar al paralítico y perdona sus pecados. En circunstancia más formal, en la sinagoga y en día sábado, como un desafío, sana el hombre de la mano paralizada y, por fin, con la salvación del criado del centurión, ya a punto de morir, atiende a la súplica de un personaje del imperio romano, sin ver al enfermo y con la simple palabra.

Este último milagro, alcanza un significado más grande, por descubrirse a través del testimonio de un pagano, el carácter divino de su poder: “Yo también soy un subalterno y tengo soldados a mis órdenes” (Lc. 7, 8) lo cual significaba “tu también perteneces a una estructura de poder, cuya fuente es la divinidad”. El muchacho no había muerto, pero estaba a punto de expirar; entonces, la palabra del Señor llegaba a lidiar con la misma muerte para arrebatarse su víctima. Jesús alaba la fe del centurión para que todos entiendan que el hijo del hombre es dueño de la vida y es reconocido por la muchedumbre que exclama: “Dios ha visitado a su pueblo”. Esta ya era la cumbre. Sólo faltaba un paso más: derrotar a la muerte en su propio reino; lo cual se efectúa con la resurrección del joven en Naím. Si toda esta trayectoria ha sido prevista y organizada por el Maestro, sería injusto pensar que se tratara de una simple planificación. En cada caso, la enfermedad, el dolor y la muerte despiertan la potencia y la compasión que se carga del amor divino del Mesías.

Tú te acercaste, habías visto a la madre. Ella sólo se detuvo, sin fuerzas y sin palabras. Ella vio cómo Tú la inundabas con una mirada filial, con el deseo de servirle; pensando quizás en otra madre que Tú conocías. Ella te vio venir y aceptó tu mirada; se extrañó. Quizás te recordó; quizás te creyó.

“Y acercándose tocó el féretro.” (Lc. 7, 14) Fue iniciativa tuya. No te llamaron; no te suplicaron. Sólo escuchaste el impulso de tu corazón. No le exigiste la fe pero tu mirada divina sabía de antemano la disposición de su alma, su oración y su confianza secreta. Lucas acentúa esta relación cuando te llama “el Señor”. Este nombre se reservaba para el Dios altísimo, cuando se manifestaba con su poder creador. Por una intuición de su alma fiel, ella te reconoció como el Señor.

Sólo te creyó. Tú eras más grande que la vida, más santo que los ángeles, más sabio que los profetas. Ibas delante de los doce, como un amanecer que alarga sus rayos por encima de las cumbres, en los valles de las montañas: eras Tú, grande como Dios, santo como las nubes del cielo.

“Los que lo llevaban se pararon.” Tu palabra era una orden. Sucedió uno de estos momentos de trance en que la tierra se junta con el cielo. En que la creación descubre la mano de su Creador. ¿Qué iba a pasar? ¿Quién podría detener la muerte? Cesaron los llantos y los cantos. Cesaron las preguntas. Todos enmudecieron. Se hizo un inmenso silencio, como el día en que el Profeta Elías invocó el fuego desde el cielo: una espera y un temor.

“Y él dijo: Joven, a ti te digo: ‘levántate’.” (Lc. 7, 14) Le hablaste como a persona viviente, y vivió. Esto, está entre tú y yo, entre la nada y el todo; entre la palabra y la vida. Así dijiste al paralítico: “toma tu camilla y vete; y al hombre de la mano tiesa: extiende tu mano; y a la hija de Jairo, “talita kumi”. Para ti no hay diferencia entre la vida y la muerte: ambas están en tus manos.

Ella escuchó las palabras que tú dirigiste al muchacho: llevaban en sí la vida. Tu mano levantaba su mano, hasta que el joven despertó y te sonrió. Ella sintió que su hijo ahora tenía tu misma vida, sintió que el corazón volvía a llenarse. Ya no era un sólo amor el que sentía sino doble. Era el amor tuyo, en el de su hijo. “Yo le había dado una vida que se agotó, Tú nos has dado otra vida que sólo está en tus manos, una vida que ya no muere.”

“El muerto se incorporó y se puso a hablar.” No hubo tiempo en el medio, ni ceremonias preparatorias, sólo dos palabras: cuerpo muerto y cuerpo viviente. Entre las dos está el infinito: un mediador que es Dios. En él están la muerte y la vida, la oscuridad y el sol, la materia y el espíritu. ¿Quién te hizo bajar desde las alturas hasta esta mujer sumida en el dolor? Quizás recordaba otra mujer a quien se le dijo: “Nada es imposible para Dios, el Espíritu Santo te cubrirá con su sombra”. Y Ella contestó: “hágase en mi según tu palabra.”

Y el muerto habló. El simple movimiento físico podría interpretarse incorrectamente. La palabra demostró que el alma estaba en él, que su vida era vida humana y de espíritu. A la palabra divina responde una palabra humana. No hay un abismo entre las dos, sino continuidad y diferencia. El diálogo se hace posible: la comunicación del entendimiento y del sentimiento: fe y amor.

El muchacho no sabía dónde se encontraba; sólo reconoció a su madre, como si el mundo no existiera alrededor de ellos. Habló preguntando, refugiándose en lo más próximo. Ella se arrodilló cerca de la camilla, mientras su hijo le sonreía. Sin comprenderse fijó en su extraño atuendo, se sentía perdido: “¡Madre!, regresemos a nuestra casa.” Tú le dijiste: “Muchacho, ya no hay casa en el mundo que pueda encerrar este amor.” Acabas de nacer por segunda vez. El Señor te ha llamado y todos ellos son los testigos. Tú has regresado de la muerte a la vida, a la vida que Él te dio.

El muchacho se levantó y vio, sin comprender, aquellas dos multitudes. Los de dentro de la ciudad eran compañeros de la escuela y de juegos, amigos del sábado en la sinagoga, amigos que apreciaban a su madre y la acompañaban en su viudez. No había podido ver, desde la muerte, como habían salido para acompañarla, ahora más sola que nunca, después de que su joven hijo la había dejado. La Escritura exhortaba a la compasión para con las viudas y les prometía la protección de Dios; reivindicaba la justicia a favor de ellas; condenaba a los jueces injustos y corruptos quienes se beneficiaran de su debilidad y atropellaran su condición indefensa.

Sustancialmente no remediaba su miseria. Sin un hombre quien sembrara los campos, cosechara el trigo, las frutas y el aceite; que negociara con los países lejanos, ¿qué le quedaba a la viuda triste y abandonada? Ciertamente algunas viudas habían sido exaltadas por sus virtudes: Judith, elevada a símbolo de fidelidad conyugal y de heroísmo en la fe, salvadora de Israel; Tamar y sus dos gemelos, madre de los antepasados de una división de Judas; Ruth, la moabita, fiel servidora de su suegra y de Dios, incorporada entre los progenitores de David; la viuda de Sarepta quien alimentó por tres años al profeta Elías y cuyo hijito fue resucitado por el profeta.

Cada una había debido enfrentar una crisis mortal, el abandono de las fuerzas humanas y un refugiarse en el poder divino del Altísimo. El muchacho había reconocido esta fe en su madre los días de su larga enfermedad. Sentía que la vida huía de él y de ella al mismo tiempo.

“¿Por qué, madre?” ¿Por qué Dios se lleva mi vida que todavía no ha florecido, como un árbol arrancado por el huracán, como un campo de trigo arrasado por un incendio? El muchacho veía que los ojos de su madre se cargaban de tristeza. Ella no perdía su serenidad; le hablaba de la misericordia del Señor, de los misterios de su amor a Israel y de la infidelidad de este pueblo que, en secreto, adoraba sus ídolos. El sacrificio que el Señor demandaba no eran las víctimas sangrientas de corderos y reses, sino el holocausto del corazón y el homenaje de la inteligencia. Deberían, madre e hijo unir su fe, elevar al señor un himno de amor y de alabanza como se expresaba el rey David en sus salmos.

Así, el salmo 27, explicaba la madre, nos enseña la actitud correcta. “El Señor es mi luz y mi salvación. ¿A quién temeré?” “Una cosa he pedido al Señor... morar en la casa de Él, todos los días de mi vida.” “¿Qué ideal más grande que llegar a la contemplación del Señor?” “Dice de ti mi corazón: busca su rostro. Sí, Señor tu rostro buscaré.” La madre y el hijo encontraban en los profetas la esperanza de cada día y la paz en el sufrimiento. Nos decía el salmo 28: “El señor es fuerza de su pueblo, fortaleza de salvación para su ungido.” El Mesías, ungido de Dios, llegaría pronto a consolar a su pueblo: “No” dijo Isaías. (Is. 11, 1) “Se posará sobre Él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Dios.” Él es quien da sentido a nuestras vidas. El mismo Job reconoce: “He hablado sin inteligencia de maravillas que me superan y que ignoro.” (Job 42, 3) La verdad está en la sabiduría que Dios nos concede: Realza su nobleza con su intimidad con Dios, pues el Señor del universo la ama. El salmo 111 rezaba: “Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.” (Sal. 111, 9)

Sin embargo, la amenaza de la muerte pendía sobre ella. La acechaba la desesperación; en contra de ella rezaba con las palabras de la Reina Ester: “Mi señor y Dios nuestro, tú eres único. Ven en mi socorro, que estoy sola y no tengo socorro sino en ti y mi vida está en peligro. Desde mi infancia, yo oí en mi tribu paterna que tú, Señor, elegiste a Israel de entre todos los pueblos y a nuestros padres, entre todos sus mayores, para ser herencia tuya para siempre, cumpliendo en su favor cuanto dijiste.” (Est. 4, 17, l-m)

Sus dos almas se unían en la oración para pedir la sabiduría: “Dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono; no me excluyas del número de tus hijos.” Toda la escritura exaltaba el amor de Dios y elevaba un himno de esperanza. “Por eso, así dice el Señor: He aquí que yo pongo por fundamento, en Sión, una piedra elegida; quien tuviere fe en ella no vacilará.” (Is. 28, 16) El sufrimiento era la ofrenda cotidiana que costaba su acceso a Dios.

La enfermedad del joven seguía penosamente su curso, pero ambas almas crecían en la comunicación y el amor hacia el creador. Poseían la firme esperanza de que “se revelará la gloria del Señor y toda criatura a una la verá.” (Is. 40, 5) Nunca imaginarían que esta esperanza sería realizada en tan breve tiempo. Esta fe profunda crearía, quizás, un nuevo modelo en la historia espiritual de las viudas de Israel: un modelo iluminado por la presencia del Hijo de Dios.

La gran muchedumbre venida de la ciudad, parientes de la familia de la viuda y del difunto marido y admiradores de ella, presenciaban el dramático entierro. Viuda y sin hijos, más sola, sin posible descendencia; una rama seca, sin reverdecir, troncada, sin futuro. Y, para una devota de las escrituras sin la esperanza de contar entre sus futuras generaciones, el Ungido de Dios, el anunciado Mesías.

Se corrió entre todos una gran emoción alrededor. El muchacho, despertado de su sueño mortal, comenzaba a tomar conciencia de las circunstancias y a preguntarse: “¿De qué se trata?” Veía en todos los rostros las más diferentes expresiones de sorpresa, de maravilla o de estupor. A veces rasgos de alegría, de amistad y de simpatía entre sus amigos pero no podía evaluar la inmensidad del acontecimiento.

¿Qué sucedía? ¿A qué se reuniría tanta gente? ¿Por qué estas caras tristes y asustadas? Se le fue explicando poco a poco. “Tú estabas realmente muerto y todo este pueblo ha venido a acompañarte en tu entierro. Te íbamos a sepultar, tratando de consolar a tu afligida madre.” Algunos recordábamos el entierro de su marido, tu padre, y ella, ahora viuda y huérfana.

El milagro lo realizó este profeta Jesús el Nazareno. Este taumaturgo te ha regresado a la vida. Ahí ves a tu madre transfigurada por el increíble milagro.

Ella también sigue preguntándose: ¿Qué sucedió? ¿Quién es ese que dio la vida a su hijo muerto? Hay una pregunta en la boca de todos: ¿Es él el Mesías? Ella también ha pasado de la muerte a la vida. Estaba en la noche del entierro tan muerta como su hijo. Entregada a la misericordia del Dios de Israel. De repente ha visto una gran luz; ha salido a una primavera de sol a los campos maduros que rodean a Naim.

Sin preverlo, ha sido arrastrada al corazón de la antigua alianza, a las misteriosas intervenciones de Dios. Una alianza que ha quedado atrás después de este encuentro con Él. Donde Él pasa, se despierta la vida. Mi hijo estaba muerto; ahora vive. Es como un pacto nuevo, una alianza de amor que rebasa su fidelidad a su antiguo esposo. El hijo de sus entrañas estaba perdido. Un nuevo amor se lo ha restituido. ¿Qué mayor amor podría darle un esposo? Ella siente que adora y ama al Mesías. Ella ya es testigo y miembro de la nueva fe y la nueva alianza. ¿Quién podría decirle “no” al Dios que da la vida? Sabe que desde ahora, no será sólo madre de su hijo, porque ya es de Él. Más fuerte que Judith, más fiel que Tamar, más bendecida que la siro-fenicia, más perseverante que Rut, estará para siempre entregada al Reino de este Cristo, al Hijo de Dios viviente. Le sale a los labios el himno de la vencedora de Betulia. (Jdt. 16)

“Cantaré a mi Dios un cantar nuevo.” “¡Tú eres grande, Señor, eres glorioso, admirable en poder e insuperable! Sírvente a Ti las criaturas todas, pues hablaste tú y fueron hechas, enviaste tu espíritu y las hizo y nadie puede resistir a tu voz.” Un nuevo amor había nacido en su alma. ¿Cómo lo pudo entender todo en un sólo instante? Sí lo podía -una madre viuda que ha perdido su hijo único-. Así, su vida como la de su hijo ya no eran suyas, estaban en las manos del mismo Dios creador. Entonces, recordó las palabras de Ana la madre del profeta Samuel: “Este niño pedía yo y el Señor me ha concedido la petición que le hice. Ahora yo se lo cedo al Señor, por todos los días de su vida.” Y cantó la alabanza de Ana: “Mi corazón exulta en el Señor. El Señor da muerte y vida. Hace bajar al Seol y retornar. El Señor enriquece y despoja, abate y ensalza. Levanta del polvo al humilde, alza de la miseria al indigente.” (Sal. I 2, 6)

“Y Él se lo dio a su madre.” (Lc. 7, 15) Fue delante de todo el mundo. El milagro había sido clamorosamente público. Amigos y ciudadanos eran testigos; no

habría dudas: testigos de la muerte y testigos de la vida pero el milagro había sido hecho para ella, la madre. Jesús se acercó a ella y le habló. Esta entrega penetraba a lo más íntimo del corazón de la mujer. Ella había sufrido, había rezado con la fe de los patriarcas. Quizás, en algún momento, había dudado. Él le pedía con esto un nuevo tipo de fe: la fe en el Salvador del mundo. Su alianza sería una nueva alianza.

La mujer recordó entonces que también la viuda de Sarepta había perdido su hijo. “El hijo de la dueña de la casa cayó enfermo y la enfermedad fue tan recia que se quedó sin aliento. Había visto anteriormente la semejanza entre los dos momentos. El suyo y el de “la viuda que recogía leña”. (I Re. 17, 17) Aquélla también había perdido su hijo único. Entonces ella dijo a Elías: “¿Qué hay entre tú y yo, hombre de Dios? ¿Es que has venido a mi para recordar mis faltas y hacer morir a mi hijo?” (I Re. 17, 18) Elías, tomó el niño y lo llevó a su habitación y rezó de este modo: “Yahvé, Dios mío, que vuelva por favor el alma de este niño dentro de él. Yahvé escuchó la voz de Elías y el alma del niño volvió a él y revivió. (I Re. 17, 21-22) “Tomó Elías al niño, lo bajó de la habitación de arriba de la casa y se lo dio a su madre. Dijo Elías: ‘Mira, tu hijo vive’.” (I Re. 17, 23) Había muchas diferencias entre el milagro de Elías y el de su hijo, pero había una cosa en común y era lo más importante: Se lo había dado Dios. Era un don personal a la madre, a ella, y era de Dios. La mujer de Naím escuchó las palabras de Jesús: el suyo también era un regalo personal de Dios para ella: un regalo de amor.

Cualquier otra persona habría podido entender esto: Él la amaba pero también sabía que Él era Dios, el mismo Dios que regresó la vida al niño de la viuda de Sarepta. ¿Cómo unir estas dos palabras “amor” y “Dios”? Ella había amado un único hombre en su vida: su esposo, como Judit, y estaba dispuesta a respetar su fidelidad hasta el final de sus días. ¿Qué hará con este nuevo amor? ¿Podría amarlo a Él? ¿No era Él un hombre? Había una última frase en el relato de Elías: “La mujer dijo a Elías: ‘ahora sí que he conocido bien que eres un hombre de Dios y que es verdad en tu boca la palabra de Yahvé’.” (I Re. 17, 24) Esta sería la respuesta. Era un hombre, pero su palabra era la palabra de Dios. ¿Amarlo sería creer en su palabra? No le había dicho a la

mujer pecadora en la casa del fariseo: “¿Mucho ha amado porque mucho se le ha perdonado?” Siempre el amor de Él se adelanta al nuestro.

Lucas concluye esta narración situándolo en el ministerio de Jesús. “El temor se apoderó de todos y alababan a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo.” (Lc. 7, 16) Ya el milagro estaba asumiendo dimensiones nacionales. Jesús era el Mesías de todos y todos deberán amarlo y tener fe en Él.

El evangelio de Lucas no agrega ningún comentario, ni una palabra más acerca de ella, ni siquiera apunta su nombre, ni el nombre del hijo. Sólo añade aquella última frase: “Y lo entregó a su madre.” Seguramente sorprendió a su madre, a sus amigos, a los parientes y a los vecinos de la ciudad, que eran miles. La sorpresa no se borraba de sus rostros, admirados, con una mezcla de estupor y de miedo porque el Todopoderoso se había mostrado; el Señor de Israel quien resucita a los muertos, quien destruye las ciudades y las levanta de la nada.

La puerta, los muros de piedra, las construcciones de la ciudad de Naím, que estaban a sus espaldas, encendidas por el sol de la mañana, se veían ahora como irreales, como en un sueño, listas a desaparecer; como una fantasía que se hunde en el pasado. ¿Cómo se podría resistir a la palabra que había creado el mundo y había hecho flotar el arca de Noé sobre el diluvio? La gente continuaba observando al joven y a la madre, sin poder comprender. Discutían entre sí; se sentían perdidos ante el excesivo despliegue de poder. ¿Rendirse u oponerse? ¿Adorar la presencia del Señor o, bien, ignorar aquello que habían presenciado? Consciente o inconscientemente, las actitudes se dividieron.

Era la segunda muchedumbre la que estaba ante las murallas de Naím. Detrás de Jesús, junto con el pequeño manípulo de sus discípulos, había una masa de oyentes, de suplicantes. Como una ola que descendía de las montañas, alturas y valles. Venían caminando desde pueblos muy lejanos. Venían persiguiendo una esperanza. Ellos también contemplaron al joven y a su litera vacía y a la madre. Nadie se atrevía a decir, que no eran reales, que el niño no había estado muerto, que la fosa no seguía abierta. Fuera de los muros de Naím se

alineaban los sepulcros. Algunos monumentos eran imponentes; otros, simples cuadrados pintados de blanco en el suelo. Ninguno de ellos estaba abierto o vacío; la tierra se había apelmazado sobre sus cadáveres, dura como una costra de roca. Duraría por siglos, a la espera de una nueva creación.

El joven, al contrario, estaba abrazando a sus compañeros y amigos; se apretaba al lado de su madre. Todo era vida y lágrimas de emoción y gozo. El joven preguntaba por quiénes eran estos otros que iban con Jesús. Por qué llegaban por los caminos y las veredas; toda una multitud desconocida y se concentraban alrededor de él. “¿Quién es Él, madre?” “El que te ha restituido a la vida y te ha sacado de las garras de la muerte.” “Es el príncipe de la vida, el enviado de Dios.” “¿Entonces ahora somos de Él?”

La madre observaba los grupos que venían de todas partes y se apiñaban alrededor de Jesús, del Maestro y lo suplicaban, le pedían y lo escuchaban. Era todo un pueblo nuevo, nacido de entre Israel. También observaba del otro lado los ciudadanos de Naim, quienes le habían acompañado en su dolor y le tributaban sus muestras de simpatía. Ella veía la diferencia; la inseguridad, la duda, la desorientación, la frustración de estar en un mundo que los abandonaba. Muchos expresaban el deseo de regresar, de ir dentro de los muros, de atrincherarse en el pasado.

En el medio estaba Jesús, el dueño de la vida y de la muerte. “¿Cómo es, madre, que somos de Él?” “¿Qué quiere de nosotros?” “Mi hijo, sólo fe y amor” “¿Entonces tú lo amas?” “Sí. Yo lo amé desde el primer momento, cuando se acercó a la litera y la detuvo, mientras tú estabas muerto. Él vino hacia nosotros. Nadie lo llamó. Él nos amó primero. Él me miró y yo vi que en sus ojos estaba todo el Señor del cielo, el Dios de nuestros padres; sentí que mi corazón iba hacia Él. Creí que era un profeta y más que un profeta. Creí que tenía la luz de Dios. Ahora y en adelante siempre creeré y siempre lo amaré. Él te dio la vida porque me ha amado. Él nos ama a los dos.” “Ella siguió conversando mucho tiempo mientras el joven hacía conciencia de lo que había sucedido.”

Jesús estaba rodeado por sus apóstoles y discípulos; contestaba sus preguntas mientras la gente le tocaba el manto, le presentaba enfermos y él los curaba.

Los del entierro se retiraban muy despacio y entraban por la puerta de la ciudad: algunos se quedaron entre los que escuchaban al Maestro. Otros se veían alterados, como frustrados, por acontecimientos que daban al traste con sus creencias y costumbres. Era increíble lo que habían visto y, dentro de pocos días, será narrado como los antiguos mitos pero, desde hoy, no estaremos seguros como ayer. Algo nuevo golpea muy fuerte a nuestras puertas. El tiempo antiguo se ha detenido y nos pone preguntas. El pasado se hacía lejano y perdía sentido; dejaba un vacío en el alma. ¿Será que la muerte ya no es una amenaza? ¿Ya no es el fin? ¿Volveremos a releer con nuevos ojos la historia de Israel y el Éxodo y los profetas?

El joven siguió observando a Jesús y a la gente que lo rodeaba, con sus penas y sus preguntas y vio como Él los miraba, los consolaba, les enseñaba. Y dijo a su madre: “Yo también soy de Él; yo también lo amaré siempre.” Vio que Jesús, poco a poco, se dirigía hacia la ciudad y entraba por la gran puerta. Todo el gentío iba detrás de Él rezando salmos graduales, como cuando se peregrina hacia Jerusalén. Los de la litera se habían retirado. El joven y su madre se encaminaron también tras de Jesús.

Madre afortunada, entre las viudas famosas de Israel, Naím no dista más de algunos kilómetros de Sunam (2 Re. 4) donde Elías devolvió la vida al muchacho muerto, pero ni Elías, ni ningún otro profeta devolvió la vida a un muerto por virtud propia, ni con una sola palabra. Tú reconociste la diferencia. Si hubo una transformación milagrosa, esta no fue tanto la reviviscencia de tu hijo, cuanto la transformación de tu corazón por la fe.

